

TORMENTA INFERNAL

Protegido por un saco de dormir de plumas de fuego me dejé vencer por el cansancio que después de seis días de continua lucha contra el desierto para atravesar los 400 kilómetros, entre Tamanrasset e In Guezzam, me tenía postrado a su merced, hasta que el turbante me cayó sobre los ojos y me desperté.

Me encontraba con la bicicleta y mis cosas en lo alto de un contenedor a las afueras de un campo de refugiados.

Saqué la mano para apartarme el trozo de tela que me había cubierto los ojos y, como chacal hambriento, el frío hincó sus dientes en mi brazo, desgarrándolo; pero la belleza de un cielo en el que las estrellas parecían a punto de abrazarme, me alivió y me excitó.

Horas más tarde, al abrir los ojos al amanecer, me encontré un cielo plagado de nubes. Refrescaba y me quedé unos minutos con la mirada perdida en lo alto. Después de bajar del contenedor cargué el equipaje sobre la bicicleta y me acerqué hasta las construcciones de adobe.

Desayuné dos barras de pan, aún calientes, sentado a la puerta de la panadería, entreteniéndome con la música de la radio que se escapaba del interior.

El viento, que por momentos aumentaba en intensidad arrastrando arena, se mostraba impotente contra el ejército de moscas que lo invadía todo.

Observaba a la gente entrar y salir cuando llegó un hombre, alto y delgado, que sobre la cabeza y la espalda llevaba medio saco de esparto, y aunque a su alrededor rondaban, formando una nube, varios centenares de moscas, no parecía molesto por ir tan acompañado. Desde luego debía de estar inmunizado porque yo no conseguía tolerar a las pocas que me habían elegido como objetivo de su ataque.

Acabé con el pan y me fui en busca de un bar. No estaba muy lejos y una tortilla pasó a entretener mis jugos gástricos, dejando al estómago medio engañado.

Cada vez el viento soplaba con más fuerza, nubes de arena y polvo lo invadían todo. El sol quedaba oculto tras el difuminado aspecto que la tormenta ofrecía, pero el calor era pesado.

Con los escasos dinares que me quedaban sólo pude comprar siete barras de pan y algunas pastillas de chocolate, reservando un billete de 20 dinares para otra tortilla.

La aduana abría a las dos de la tarde y todavía eran las 11.30. Regresé al bar. Los ojos me picaban por culpa de la arena que lanzada por el viento se protegía bajo mis párpados. Saqué la caja de cartón en la que llevaba los medicamentos y la fui vaciando sobre la mesa hasta encontrar una botellita de colirio. La agujereé con las tijeras y ayudado por un italiano me fueron cayendo gotas en los ojos.

La pequeña mesa en la que nos encontrábamos se fue alargando al añadirle otras conforme acudían los compañeros de los italianos, y una vez estuvieron todos se pidió la comida.

Mientras esperábamos los platos, entraron más de quince chicas acompañadas de tan sólo dos chicos y entonces fue cuando la frase del día se escapó de la boca de uno de los italianos y estallamos en una sucesión de carcajadas que inundaron la estancia.

—¿Quién dijo que se había acabado la trata de blancas en África?

Los italianos pidieron cuscús y acabaron invitándome, mientras que entre cucharada y cucharada no pude evitar extraviar la mirada en el harén de holandesas.

Con resignación, pasadas las dos de la tarde, comencé a empujar la bicicleta por el centro de una empedrada carretera, en la que muchos adoquines mostraban unos bordes que debían de producir a las cubiertas unas cosquillas poco agradables.

Salí de la calzada intentando proteger las desgastadas cubiertas de algún imperdonable corte, pero tuve que regresar, pues la exagerada cantidad de arena acumulada dificultaba mucho el avance.

Aunque las piedras resultaban preocupantes incluso para mis tobillos, eso no era ni mucho menos lo peor, ya que el viento había ido aumentando hasta convertirse en una frenética y agobiante tormenta de arena.

La última casa quedó atrás y me detuve para dedicarle una postrera mirada.

In Guezzam. Su nombre sonó en mi mente como algo muy especial y sin embargo no había llegado a estar ni tan siquiera un día completo. La calle que la atravesaba, perdiéndose en el más inmenso de los desiertos, era lo único que había visto.

El viento, barriendo la arena, sólo me permitía ver las últimas construcciones, ya que el resto quedaba escondido tras un apagado amarillo; y le di el último adiós al oasis que tanto me había costado alcanzar.

El aire corría como un loco herido de muerte, empujando a su paso una arena que chocaba con violencia contra mí.

Y llegué al final del empedrado. A la izquierda tenía un indicador de madera con la inscripción "Assamaka 30 Kms." y en esa dirección un sinfín de rodadas de vehículos; y enfrente una carretera de arena que conducía hacia una construcción moderna, junto a la cual se erguía una altísima torre de hierro.

Al elegir la dirección del indicador caí en una trampa en la que a medida que avanzaba, me veía con menos posibilidades de escapar sin que antes no pagase con un muy alto precio mi error.

Perdido en un espejismo de desconcierto, continué siguiendo las rodadas que me llevaron cerca de una base militar, con la que resultaba más conveniente no tener contacto, pero a pesar de no saber como reaccionarían

los soldados, necesitaba averiguar si iba por buen camino, siempre y cuando por aquellas arenosas dunas existiese alguno.

—¡Maldita sea! —exclamé, ya que la situación no me inspiró mejores palabras, y es que teniendo en cuenta las horas pasadas en In Guezzam, mi olvido por preguntar la ruta a seguir para llegar a la frontera resultaba imperdonable.

Entré en una pista con dos profundos surcos excavados por las ruedas y delimitada a ambos lados por grandes neumáticos pintados de rojo y blanco.

El militar que estaba de guardia, con un fusil, empezó a hacerme señas para que me detuviese. Dejé la bicicleta apoyada en uno de los neumáticos y continué avanzando, mientras que otro soldado atravesaba la puerta y venía hacia mí.

Cuando nos encontramos repitió varias veces que me alejase de allí, sin atender a mis demandas de información acerca del rumbo que debía seguir para llegar a la frontera. Instantes después llegaba un sargento que bajo el incesante y ensordecedor silbido del viento, consiguió entender mis preguntas e indicarme la dirección correcta.

Avanzaba con tanta lentitud que tenía la sensación de no hacerlo, y es que la criminal tormenta, el ondulado terreno y la exagerada acumulación de arena conseguían que a cada paso tuviese que ir desenterrando pies y tobillos.

El peso de la bicicleta con el bidón de cinco litros de agua lleno se había convertido en una losa que tras cada esfuerzo me hundía un poco más en el pozo del agotamiento.

La idea de deshacerme del agua para aligerar el sufrimiento por el que estaba atravesando me atraía, además de que por haberla sacado del pozo del bar tenía un color tan oscuro que no me ofrecía tranquilidad.

El viento rugía imprimiendo en cada bramido sus inagotables fuerzas, y por momentos a más de diez metros de distancia no se veía nada.

Vestía un pantalón largo de plástico azul, una camiseta blanca de manga corta, guantes azules y un turbante junto con las gafas de sol, que me cubrían por completo la cara.

Hacía calor. Tanto que no me puse la camisa de manga larga a pesar de que los granitos de arena chocaban con ferocidad contra mis desnudos brazos. El maldito viento soplaba intentando atravesar mi cuerpo.

Un camión en sentido contrario tranquilizó la incertidumbre del no saber si llevaba el rumbo correcto. Y seguí sus huellas sin que ningún otro tipo de señales se dibujasen en el inmenso mar de arenas movedizas que se extendía por todas partes.

El viento continuó indiferente a mis insultos, arrancándome el turbante, introduciéndome arena en los ojos. Aquello era un infierno en el que cada paso parecía acercarme más a la tragedia.

Pero en medio de aquel holocausto algo dentro de mí no estaba dispuesto a dejarse arrastrar hacia el desánimo haciéndome ver que si bien hacía mucho viento, al menos, no había moscas.

De vez en cuando me detenía para recuperar el aliento y beber. Las botellas de agua parecían estar conectadas a un calefactor que, junto al ácido sabor a champú desprendido por el plástico, acentuaba el desagradable *bouquet* de su contenido.

Me coloqué la camiseta de manga larga mientras el viento intentaba arrebatármela.

Dos hombres que caminaban en sentido contrario se detuvieron y conseguí, después de mucho insistir, robarles un ¡por allá lejos!, ante mis repetidas preguntas acerca de cual era la dirección hacia la aduana.

La idea de deshacerme de los cinco litros de agua no había cesado de hervir en mi cerebro, alimentada por el viento, la arena, el sudor y el cansancio; pero mi orgullo terminó por apagar el fuego, pues tener que pedírsela a alguien una vez llegase a la aduana no me apetecía nada.

Me crucé con otro hombre que se atrevió a asegurarme que encontraría la aduana tres o cuatro kilómetros más adelante, cosa que me animó tanto como a un náufrago avistar una isla.

Después pude presenciar una escena en la que unos hombres alrededor de un pozo no cesaban de extraer agua, mientras otros la mezclaban con tierra, y con ayuda de unas rústicas plantillas de madera moldeaban ladrillos de barro, sin que la tormenta se apiadase de ellos.

A mi izquierda fueron quedando unos grandes rectángulos formados de paredes levantadas con ladrillos de tierra roja, de poco más de dos metros de altura, sobre las cuales asomaban los picos de unas enormes tiendas de campaña, y aunque mi curiosidad me incitaba a descubrir su interior, me sentía si crédito de fuerzas para derrochar en fisgoneos.

Pero unos centenares de metros más adelante todo rastro de huellas, tanto de gente como de neumáticos, desapareció de la superficie arenosa, que con la tormenta estaba aprovechando para mudar de piel, y no me quedó más remedio que acercarme hasta uno de los vallados. Entré con precaución encontrándome con una gran choza redonda hecha con palos, lana, retales de trapos y pieles, y algo que en un principio me pareció increíble, aunque no tuve más remedio que aceptar su evidencia, en medio de aquel inmenso arenal había una plantación de tomates, lechugas y otros cultivos. Un hombre removía la tierra con una azada y otro se encargaba de regar el bancal donde los vegetales luchaban por crecer con toda su fuerza genética. Procurando no meter ningún pie en el agua, fui haciendo equilibrio, por encima de la parte alta de los surcos, hasta llegar junto al hortelano que se encontraba más cerca.

Me indicó que debía continuar recto y aunque eso de ir hacia un lugar que no veía resultaba bastante indefinido, me tranquilicé pensando que al menos todavía no me había perdido.

El sol permanecía oculto tras el difuminado cielo, el ambiente ardía como si todo estuviese cociéndose en una gigantesca cacerola. Una larguísima cuesta, recubierta por un manto de torturante arena, se extendía frente a mí como retadora rival dispuesta a conseguir una sangrienta victoria. Hubo momentos que a punto estuve de caer desfallecido.

Por encima de las caderas, la espalda daba la sensación de estar a punto de partirse, ya que sus músculos irradiaban un inmenso y desbordante dolor. Las manos parecían dispuestas a desprenderse de unos dedos que derretidos de sufrimiento por el desacostumbrado esfuerzo, empezaban a no querer responder a la necesidad de empujar una bicicleta que con su peso y su estrecho calzado se hundía en la arena con tanta facilidad como yo caía ante una aniquilante espiral de fatiga. Pero ese orgullo, que protegía en mi interior como una sagrada esfinge, seguía intacto, tanto que si se empeñaba en llegar hasta el fin del mundo a través de aquel infierno, no tendría más remedio que hacerlo.

El viento seguía arrancándome de vez en cuando el casco de tela. Ante mi impotencia, la arena no dejaba de penetrar por los delgados huecos que el turbante y las gafas le ofrecían como tentadores rincones de cobijo.

Un coche, con una sirena azul, se cruzó ante mí indiferente. Y al recordar que me habían dicho que sólo me faltaban tres o cuatro kilómetros hasta la aduana, me hizo pensar que alguna gente allí no tenía ni puñetera idea de las distancias medidas con el Sistema Métrico Decimal.

El motor de un camión atrapado en la arena, a unos cien metros a mi derecha, no dejaba de rugir intentando salir de una trampa, incitándome a acercarme con sus suplicantes gritos, pero no parecía probable que enganchando un cable a la bicicleta pudiese con mi pedaleo sacarlo de allí, y continué avanzando, subiendo y bajando por las altas olas de arena que en aquel tramo decoraban el paisaje. Y poco después el motor cambiaba su tono de desesperada súplica al liberarse del cepo arenoso.

En el horizonte, que empezó a clarear al disminuir la tormenta, pude distinguir unos postes negros hacia los que me encaminé y lo que sospechaba se confirmó, pues señalizaban la vieja carretera que debería haber tomado a la salida de In Guezzam.

Doscientos metros antes de llegar a las construcciones de la aduana dos perros se lanzaron contra mí ladrando en desenfundada carrera.

Me sentía enfadado por mi despiste al elegir la pista equivocada, y al ver la actitud de los perros, esa rabia que estaba a punto de explotar en mi interior se liberó.

—¡Bien! Venid que no vais a pasar frío —mientras comprobaba que la azadita estaba dispuesta para ser usada.

Me fui acercando a los barracones prefabricados que en medio del desierto daban constancia de la existencia de una frontera y aunque los perros, aplacando su ímpetu, se detuvieron a unos metros de mí; a punto estuve de salir corriendo tras ellos.

En cuanto llegué lo primero que hice fue sentarme en lo que me pareció un trono de reyes.

—¿Qué tal? —me preguntó uno de los extranjeros que allí estaban.

—¡De categoría! —le contesté.

¡Qué placer estar sentado sobre aquel blando y ancho sillón rescatado de un coche! Calor, viento, arena, cansancio, rabia y todos los demás detalles, que me habían estado empujando hacia ese pozo del que en algunos momentos temí no poder salir, desaparecieron por arte de magia; mientras con la cabeza reclinada en la parte superior del cómodo respaldo, me perdía en una sensación de relajamiento casi infinito. En medio de aquel momento de grato estar salió del primero de los barracones un militar que empezó a hablarme sin que consiguiese entenderle, hasta que dijo algo de una bolsa, y fue entonces cuando caí en la cuenta de que Pep y Ramón podían haber dejado allí mis cosas y en cuanto le dije mi nombre, desapareció por la puerta de la que poco antes había salido.

De nuevo me esfumé del presente hasta que regresó con mi bolsa marrón que depositó a mi lado sobre el asiento. La cremallera había acabado por romperse, pero lo más importante continuaba dentro. Me preguntó si todo estaba correcto y al contestarle que sí, regresó al interior del barracón.

Sin levantarme del confortable asiento estuve esperando a que me llegase el turno. El aduanero sacó la cabeza por el hueco de la puerta haciéndome

señas de que pasara y al entrar la primera impresión fue desconcertante, pues la casi completa oscuridad me hizo sentir indefenso, hasta que me di cuenta que seguía llevando las gafas de sol.

Tomé asiento frente al amable argelino que me había devuelto la bolsa. Me pidió el pasaporte y el impreso de la declaración de divisas, recriminándome el desastroso estado del papel, pero la frase: “¡Viajar en bicicleta!”, respaldada con un encogimiento de hombros, me sirvió de disculpa.

Después de mostrarle el billete de 20 dinares y el justificante bancario del cambio obligado de los 1.000 dinares, me devolvió el pasaporte indicándome que pasase por el barracón que había unos metros más adelante para terminar con los trámites de la policía.

Salimos al exterior y cuando me disponía a coger la bicicleta, me preguntó por lo que llevaba en el equipaje. Tragué saliva, pues todavía me quedaban billetes franceses no declarados escondidos en el cuadro, pero pensando que resultaría bastante difícil que los descubriese, le contesté sin inmutarme:

—Ropa y algo de comida —e hice ademán de desatar la cuerda que la sujetaba.

—Déjalo, no hace falta.

Al entrar en el barracón de la policía me quedé helado al oír en un perfecto castellano:

—¡Tengo que decirte que estás loco!

Repuesto del enfriamiento, resultó que tales palabras me las había dedicado alguien vestido de paisano que trabajaba de intérprete para la policía.

Hablamos todo lo que la cumplimentación de los papeles para la salida de Argelia nos permitió, y además de advertirme que me resultaría mucho mejor hacer los kilómetros que me separaban de Assamaka en coche, no acabó de creerse que podría llegar a Dakar en bicicleta.

Detrás del barracón encontré una cisterna metálica de agua potable y, tras apartar a un perro que estaba bebiendo del charco formado debajo del grifo, llené los dos envases de champú vacíos. Contemplando aquel magnífico depósito de bebida me di cuenta de lo inútil que había resultado atravesar aquellos 12 kilómetros infernales con un bidón de cinco litros de lastre.

Mientras colocaba el cuentakilómetros a cero, se acercó el suizo que había entrado en el barracón al salir yo y me invitó a llevarme hasta Assamaka en su todoterreno, y aunque el ofrecimiento era muy tentador, no acepté.

Llevaba unos dos kilómetros cuando un vehículo se detuvo al llegar a mi altura, y bajándose el suizo, me cogió la bicicleta como si fuese suya, mientras con sus palabras me obligaba a subir al coche.

Me sentía muy cansado y a punto estuve de dejarme convencer ante la insistencia; pero mi orgullo, siempre atento a cualquier debilidad, sacó la lengua a tal ofrecimiento y hasta tuve que levantar la voz para hacerle entender que mi viaje sólo se podía hacer en bicicleta o a pie tirando de ella.

—Total por unos pocos kilómetros no pasará nada —me contestó empeñado en llevarme.

—¡Sólo en bicicleta! —exclamé, dando por sentenciada la disputa.

La pista era dura y decidí pedalear, pero sólo pude recorrer dos escasos metros ya que el pedal izquierdo se negó a girar al habersele colado arena en el engranaje.

El viento había amainado un poco y la pista me permitía avanzar sin sufrir el peso de la bicicleta, mientras mi cuerpo empezaba a sentir los efectos de la lucha mantenida contra viento y arena.

Las plantas de los pies me dolían, pero las ingles parecían estar a punto de quebrarse, en especial la de la pierna derecha que me reclamaba que me detuviese ya de una vez, y entre discusiones internas, llegué a un lugar en el que de repente todas mis preocupaciones desaparecieron.

Con 2.902 kilómetros recorridos desde que comenzase a pedalear en Argel, con un diario de viaje repleto de vivencias a cuál más interesante y sorprendente, con un sinfín de segundos de todos los colores; tenía frente a mí el final de una Argelia de la que me había enamorado, sin que el recuerdo de todo lo que me hiciera sufrir pudiese borrar esa grata sensación de haberla amado, después de colarme con sigilo por su balcón y pillarla en la cama cubierta por infinidad de preciosas sábanas, que poco a poco había ido apartando a lo largo de 40 noches.

Ante mí se alzaba un cilindro de hormigón de más de dos metros de altura, pintado de un blanco ya deteriorado sobre el que se podía leer: "Frontiere Argero-Nigerienne N 4". A medio metro se erguía uno de los postes metálicos de base triangular similar a los que había encontrado desde mi partida de Tamanrasset. **(Fotografía 2-1)**

La idea de pasar la noche durmiendo con medio cuerpo en cada nación me atraía, pero decidí continuar hasta Assamaka. Sólo me quedaba media hora de luz, pero el aire había decidido descansar.

En territorio nigerino la pista estaba balizada con pequeños moldes de cemento, que no llegaban a sobresalir ni un palmo del suelo. Al ser muy arenosa cada vehículo elegía por donde transitar, con lo que se había formado un manto de *tôle ondulée* que a veces llegaba a alcanzar más de treinta metros de ancho.

La dureza del *tôle ondulée* y la exagerada cantidad de arena acumulada me obligaban a esquivar algunos tramos trazando caprichosas eses, que empeoraban cada vez más el dolor de mis ingles.

Cayó la noche y sin luz continué procurando no salirme del *tolé ondulée*, pues sabía que sólo podía llevarme a Assamaka. Mis tobillos peligraban con las ondulaciones, mientras las ingles continuaban doliéndome.

Cuando la oscuridad resultó tan negra como el ébano, apareció a lo lejos un foco que me sirvió de guía y aumentó la esperanza de llegar a Assamaka antes que cansancio y temperatura lograsen inmovilizarme en cualquier punto de aquella inmensa llanura. En medio de aquel oscuro y sinuoso mar de arena, navegué hacia esa luz que me guiaba a mi puerto de atraque.

No podía dejar de sentirme feliz ni tampoco evitar que el agotamiento, como una especie de gigantesco pulpo, me estuviese atrapando hasta el punto de conseguir que, por momentos, mis ideas quedasen fracturadas frente a lo que resultaba evidente.

Me detuve y con una pequeña pila alumbré el cuentakilómetros. Desde mi partida de los barracones llevaba hechos más de nueve kilómetros, así que según lo que me habían informado en la aduana el foco que se divisaba en el oscuro horizonte debía de estar a menos de tres. Y aunque casi ebrio por el dolor que las ingles me estaban produciendo, continué avanzando como náufrago hacia su salvación.

Todo era quietud en aquella recién engendrada noche. Adormecida la tempestad, la calma reinaba a sus anchas disfrutando de una victoria lograda tras largas horas de paciente espera.

Casi tres kilómetros después las luces de Assamaka seguían tan lejanas como cualquiera de las escasas estrellas que las nubes me permitían ver. Pero lo peor era que las ingles me dolían tanto como un montón de muelas en su peor momento. Ni Assamaka estaba a 12 kilómetros de la aduana, ni mis ingles me iban a permitir arrastrar las piernas mucho más, y desilusionado ante mi derrota intenté descubrir algo que me sirviese de protección contra los vehículos. Desde que cayese la noche tres pares de luces me habían adelantado.

Al no encontrar nada opté por desplazarme hacia la derecha, intentando apartarme del *tôle ondulée*, aunque una vez con el equipaje descargado de la bicicleta, pensé que sería más fácil que me atropellasen donde me había detenido, ya que los conductores preferían la pista virgen a la infestada por aquellas ondulaciones.

Después de devorar dos tabletas de chocolate, dos panes y un paquete de galletas, desplegué el saco y deseé dormirme.

Al rato un sospechoso ñac ñac hizo recuperar mi interés por seguir despierto.

—¡Maldita ratita sahariana! —pensó una parte de mí.

—Hombre, después que se molesta en darte las buenas noches —fue lo que la otra, menos molesta por la visita del roedor, contestó.

La noche lo había ennegrecido todo.

Inesperadamente el viento comenzó a soplar con exagerada fuerza, en escasos minutos el vendaval se había desatado y los granitos de arena golpeaban rabiosamente contra el exterior. Se metieron dentro del saco, luego los noté en la boca y si algunos no llegaron a colarse en el interior de mis ojos, fue porque mis párpados permanecieron cerrados, conscientes que de ello dependía que la tormenta no consiguiese herirme.

Me introduje todo lo que pude dentro del saco y dejé que sólo la superficie de mi cara quedase fuera, protegida por el turbante. Era una situación muy agobiante y al final, ante el aluvión de arena que estaba erosionando mis defensas psíquicas, opté por esconder todavía más el rostro dentro del saco de dormir, dejando sólo el hueco necesario para poder respirar.

Al estar tan recogido comencé a notar como a pesar de la tormenta de aire frío, en el interior la temperatura aumentaba y empezaba a sudar. Los segundos se deslizaban idénticos unos a otros. Perdido en la oscuridad los nervios se crispaban de desesperación ante mi impotencia para enfrentarme con el azote del vendaval. Respirar por debajo del turbante se hacía cada vez más difícil y la sensación de que el aire no llegaba a los pulmones se repetía, sin que las diferentes posiciones, que arrastrándome por la arena iba adoptando con relación a la dirección del viento, consiguiesen aliviar el problema.

El aire pasaba como si el demonio fuese persiguiéndole. Pero en medio de la desquiciante situación que estaba viviendo, esa parte de mí tan inconformista como el mismo futuro me rescató de lo que sin piedad estaba intentando tragarme:

—Bueno, tan cierto como que aún respiras, esto es una tormenta de arena. Una tormenta que te ha pillado de noche, sin nada tras lo que refugiarte y terriblemente cansado. Una tormenta que te está haciendo asimilar una situación jamás vivida. Una tormenta que a cada segundo que transcurre va empujando más lejos la frontera de tus experiencias. Sí, estás en medio de una verdadera tormenta de arena, estás sintiéndola en el amplio abanico que todos tus sentidos te ofrecen y aunque parezca agobiante estás disfrutándola. Estás frente a algo real, algo contra lo que en las películas los personajes se enfrentan y tú crees compartir, sin ser verdaderamente cierto. Aquí si que es real. Así pues, no tengas miedo y percibe lo que durante siglos los nómadas del desierto han tenido que vivir. ¡Tranquilo! respira y date cuenta que el viento no es más que el llanto de una tierra inconsolable, una tierra que rica y floreciente en su remoto pasado, una noche debió quedar destrozada por algún cataclismo y desde entonces ha estado como hembra inmortal llorando por su vestido de encaje verde. Sé paciente e intenta quererla como es, porque también ella posee belleza.

Esa parte de mí siempre estaba dispuesta a salir en mi ayuda en cuanto flaqueaba ante cualquier situación y, en ésta como en tantas otras, su particularísima forma de ver las cosas consiguió animarme.

—¡Pero cuidado! —continuó diciéndome—. Esta tierra hoy siente vergüenza de que la veas, se avergüenza por ser así y por eso llora con su lamento de tempestad arenosa. No abras los ojos, no lo hagas, porque ¿quién sabe si al abrirlos no acabarías contagiándote con su pena?

Escondida en las oquedades silenciosas, otra parte de mí intentó convencerme de que el viaje y todo lo que me estaba ocurriendo quedaba negado por la simple razón, pero a ésta no le hice caso.

Tardé muchísimo tiempo en perderme entre las tinieblas de la inconsciencia. Sólo el inaguantable agotamiento, del que estaban intoxicadas la mayoría de mis células, consiguió vencer la terrible sensación de angustia que me tenía prisionero y de la que me sentí liberado por el sueño.

El viento continuó soplando sin descanso, arrastrando con su locura a la flagelada arena y en un indescifrable momento de la noche, me desperté presa de una asfixia que parecía dispuesta a terminar conmigo. ¡No podía creer que la tormenta hubiese acabado con todo el oxígeno! Mi corazón se contraía intentando inspirar algo de donde nada quedaba, era como si la arena hubiera terminado por derrotar a todo el oxígeno y éste, lanzado en retirada, me abandonase en pleno campo de batalla a una muerte segura...

| | | | |
|--------------|----------------|-----------------|---------------------|
| DÍA DE VIAJE | FECHA | LUGAR DE SALIDA | LUGAR DE LLEGADA |
| 42 | 08-02-1988 | In Guezzam | Desierto |
| KILÓMETROS | HORA DE SALIDA | HORA DE LLEGADA | TOTAL |
| 24,1 | 14.07 | 20.15 | 06 horas 08 minutos |